

MATEO AGUADO, JOSÉ A. GONZÁLEZ, KR'SNA BELLOTT Y
CARLOS MONTES

Por un buen vivir dentro de los límites de la naturaleza. Cuando el modelo de desarrollo occidental no es el camino

El presente artículo pretende evidenciar las limitaciones del actual modelo de desarrollo hegemónico y analizar las consecuencias que este ha tenido y está teniendo sobre el estado de los ecosistemas del planeta y el bienestar de las sociedades humanas. Este modelo de desarrollo, basado en el crecimiento continuo de la renta y del consumo, descuida otras importantes dimensiones del bienestar a la par que resulta insostenible en tanto que no toma en consideración la existencia de límites biofísicos y genera enormes desigualdades ecológico-distributivas entre las distintas regiones del planeta. Nuevos paradigmas derivados del concepto del buen vivir han emergido con fuerza en América Latina durante los últimos años, abriendo nuevos caminos poscapitalistas hacia modelos de desarrollo más justos socialmente y sostenibles ambientalmente.

El siglo XX nos ha dejado grandes avances en diversos campos del conocimiento que han permitido mejorar las condiciones de vida de una gran fracción de la humanidad. Sin embargo, estas mejoras han recaído por norma general sobre aquellos sectores de la población que menos lo necesitaban. La gran tragedia de nuestra época estriba en que, existiendo mejores condiciones que nunca para que todos y todas tengamos acceso a una vida digna, la mayor parte de la humanidad se ve excluida de ella. Y buena parte de la culpa de esto la tiene el modelo económico y de sociedad que se ha erguido como imperante durante el último siglo: un capitalismo voraz basado en la perversa dualidad de los poseedores y los desposeídos.

Para afrontar los retos sociales y *bienestaristas* que en materia de justicia e igualdad nos presenta hoy el mundo, será fundamental reencontrar nuestro

Mateo Aguado, es investigador del Laboratorio de Socio-Ecosistemas de la UAM

José A. González y Carlos Montes son profesores del departamento de Ecología de la UAM

Kr'sna Bellott es bióloga especializada en economía del desarrollo y sostenibilidad

lugar en el planeta y redefinir nuestra relación con la naturaleza. Como nos recuerda la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio (EME),¹ las variadas contribuciones que los ecosistemas proporcionan al ser humano son la verdadera base de su bienestar, y de su buen funcionamiento depende el futuro social, económico y cultural de toda forma de sociedad. Apremia pues comprender que los sistemas sociales y económicos bajo los cuales se articula la especie humana únicamente tienen su razón de ser dentro del sistema natural que los abarca y sostiene. La esfera económica, por consiguiente, nunca podrá crecer por encima de la biosfera y de la esfera social sin comportarse antes tan destructivamente como un cáncer.²

Cabe preguntarse entonces en qué fase de metástasis social está nuestro cáncer. El frenético y adquisitivo ritmo de vida que se nos impone –sobre todo en las grandes megalópolis de Occidente– nos está haciendo olvidar la naturaleza de la que formamos parte y de la que, en último término, todos dependemos. Alimentar esta amnesia ecológica al tiempo que desoímos nuestra realidad termodinámica y biofísica nos está situando en un universo de fantasía, incontinencia y despilfarro cuyo despertar puede ser traumático.

Respetar los límites de los sistemas naturales sobre los cuales nuestra especie se organiza no sólo debería ser una prioridad vital, sino configurarse como un principio ético y moral de toda cultura humana. Sin embargo, el modelo de desarrollo promocionado desde Occidente ignora estas incómodas limitaciones, adentrándose en un peligroso y etéreo espejismo que encuentra en la exaltación del crecimiento económico su razón de ser.³

El sistema capitalista, a través de las desmedidas necesidades creadas por su cultura, está comenzando a chocar con los límites biofísicos de los ecosistemas a la vez que modela un desigual e inestable escenario geopolítico de inquietante futuro.⁴ Esta manera mercantil de entender nuestra relación con la naturaleza ignora así que el crecimiento económico continuo –y el consumismo engranado con el mismo– no es viable en un planeta finito de recursos limitados. Tomar conciencia de ello y programar un decidido cambio de rumbo hacia horizontes más sostenibles y equitativos determinará no sólo nuestro futuro directo sobre el planeta Tierra, sino cualquier tipo de aspiración encaminada a alcanzar una vida digna y buena para todas las personas, pueblos y sociedades que aquí compartimos espacio.

¹ Millenium Ecosystem Assessment, *Ecosystems and human well-being: Synthesis report*, Island Press, Washington, D.C., 2005.

² L. R. Brown, «El futuro del crecimiento» en The Worldwatch Institute, *La situación del mundo 1998*, Icaria, Barcelona, 1998.

³ M. Aguado y J. A. González, «El coste ambiental del bienestar humano: cuestionando los paradigmas de nuestro actual modelo de desarrollo» en J. A. González e I. Santos (eds.), *Cuatro grandes retos, una solución global: Biodiversidad, cambio climático, desertificación y lucha contra la pobreza*, Fundación IPADE y AECID, Madrid, 2011.

⁴ Sobre necesidades humanas y límites biofísicos se recomienda consultar el artículo de M. Aguado y J. Riechmann titulado «Necesidades humanas y sostenibilidad socio-ecológica: dos caras de una misma moneda», revista *rebelión* [disponible en: www.rebelion.org/docs/174066.pdf. Acceso el 17 de febrero de 2014].

La sinrazón del amor al crecimiento

El imaginario colectivo de la inmensa mayoría de la población mundial considera –dicho vulgarmente– que el dinero da la felicidad (o por lo menos que ayuda mucho a conseguirla). Efectivamente, son muchas las investigaciones que hasta la fecha han puesto de manifiesto la vinculación existente entre los ingresos y la calidad de vida. Sin embargo, esta vinculación no es directamente proporcional. Los estudios existentes hasta la fecha sobre la relación entre ingresos y bienestar humano han mostrado cómo a partir de un determinado umbral el incremento de los ingresos ya no contribuye a mejorar la calidad de vida de las personas.⁵ Es decir, existe un umbral por encima del cual la relación ingresos–bienestar se torna asintótica, y a partir de aquí más dinero ya no significa más satisfacción con la vida.⁶ Es más, a partir de este punto ensalzar de forma insistente el crecimiento de la renta y del consumo puede resultar incluso perjudicial para nuestra calidad de vida, al ser descuidadas otras dimensiones fundamentales del bienestar como las relaciones sociales.⁷ Como sostienen Bäckstrand e Ingelstam, una vez han sido cubiertas las necesidades más esenciales, seguir estimulando los hábitos de consumo incrementa nuestro bienestar sólo hasta un determinado punto (el denominado por estos autores como *suficiente*).⁸ Una vez superado este punto, la insatisfacción avanza y los actos de consumo ya no derivan en un aumento de la satisfacción ni del bienestar humano.⁹

Parece claro por lo tanto que para quienes viven en la riqueza el dinero no da más felicidad. Sin embargo, para los países pobres ingresos y satisfacción con la vida sí pueden evolucionar a la par, ya que en tal caso dichos ingresos sí pueden destinarse a la satisfacción de las necesidades más básicas y fundamentales.¹⁰ Como sostienen Daly y Cobb, mil dólares hacen más por el bienestar de una familia pobre que por el de una rica.¹¹ En esta misma línea, Layard nos recuerda que «el dinero extra les resulta más indiferente a los ricos que a los pobres». Por lo tanto:

«Si el dinero de una persona más rica pasara a una persona más pobre, ésta obtendría una felicidad mayor de la que perdería el rico, y la felicidad media del país aumentaría. Por lo tanto, un

⁵ R. A. Easterlin, «Explaining happiness», *Proceeding of the National Academy of Science*, núm. 100 (19), 2003, pp. 11.176-11.183; y R. Costanza, M. Hart, S. Posner y J. Talberth, «Beyond GDP: The need for new measures of progress». *Pardee Papers*, núm. 4, Pardee Center for the Study of the Longer-Range Future, Boston, 2009.

⁶ M. Aguado, «La saturación económica del bienestar humano», revista *rebelión*, [disponible en: www.rebellion.org/noticia.php?id=167944. Acceso el 17 de febrero de 2014].

⁷ M. Aguado, D. Calvo, C. Dessal, J. Riechmann, J. A. González y C. Montes, «La necesidad de repensar el bienestar humano en un mundo cambiante», *PAPELES de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, núm. 119, 2012, pp. 49-77.

⁸ G. Bäckstrand y L. Ingelstam, *¡Suficiente! Retos globales y estilos de vida responsables*, Fundación DagHammarskjöl, Uppsala, 2006, p. 33.

⁹ J. Riechmann, *¿Cómo vivir? Acerca de la vida buena*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.

¹⁰ M. Aguado y J. A. González, *op. cit.*, 2011.

¹¹ H. E. Daly y J.B. Cobb, *For the Common Good: redirecting the economy toward community, the environment and a sustainable future*, Beacon Press, Boston, 1994.

país tendrá mayor nivel de felicidad media cuanto más equitativa sea la distribución de la renta». ¹²

Defender pues un mundo más feliz pasa irremediablemente por defender un mundo menos desigual.

Cuando la brújula no apunta al Norte

La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de España ha puesto de manifiesto cómo «en los últimos cincuenta años los ecosistemas y la biodiversidad de España han sufrido un proceso acelerado y sin precedentes de alteraciones». ¹³ Buena prueba de ello lo proporcionan indicadores como el número de especies amenazadas o la huella ecológica, cuyos valores han superado con mucho la capacidad de acogida de los ecosistemas españoles: «entre el 40 y el 68% de las especies se encuentran amenazadas y la huella ecológica se ha más que duplicado» desde mediados del siglo pasado. ¹⁴ Con todo ello, uno de los mensajes clave más importantes de esta evaluación fue que el 45% de las contribuciones que los ecosistemas españoles proporcionan a sus habitantes ya se han degradado o se están usando de forma insostenible. ¹⁵

Esta presión sobre los ecosistemas y la biodiversidad de España ha respondido de forma paralela a una serie de incrementos de carácter socioeconómico que en este país han acontecido en los últimos cincuenta años: «el PIB per cápita se ha multiplicado por más de 6, el consumo de energías fósiles por casi 10 y los minerales no metálicos y productos de cantera por 7 y 40 respectivamente». ¹⁶ Tal paralelismo entre indicadores socioeconómicos y biofísicos nos viene a decir, al fin y al cabo, que el conjunto de cambios ambientales que nuestro país y el planeta están sufriendo (y que se conoce como *cambio global*) es un hecho social, pues sus causas y consecuencias están ligadas indiscutiblemente al ser humano: a su comportamiento, y a las demandas de materiales y energía que su estilo de vida promueve. Son por lo tanto las personas, en sus contextos sociopolíticos, quienes pueden optar por guiar diariamente sus decisiones en una u otra dirección; orientándolas bien hacia un estilo de vida que premie la acumulación material (favoreciendo con ello la degradación de los ecosistemas y la pérdida de biodiversidad), o bien hacia una vida basada en el arte de vivir bien, en armonía y coherencia con la naturaleza, anteponiendo la calidad frente a la cantidad y el valor de uso frente al valor de cambio.

¹² R. Layard, *Happiness: Lessons from a new science*, Penguin, Londres, 2005, p. 61.

¹³ Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de España, *La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de España. Síntesis de resultados*, Fundación Biodiversidad, Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino, España, 2011, pp. 12.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

Partiendo de la plausible base socio-ecológica según la cual los ecosistemas y el bienestar humano están vinculados en una misma interacción dinámica (interacción que hace que cambios en una de estas esferas conlleven cambios paralelos en la otra), cabría esperar que todos estos datos sobre el mal estado de los ecosistemas en España tuviese reflejo en el bienestar humano de sus habitantes. Y así parece ser. Tal y como ha puesto de manifiesto la EME, paralelamente al proceso de degradación experimentado en los ecosistemas «muchos aspectos del bienestar de la población española se están viendo negativamente afectados». ¹⁷ Importantes aspectos de dicho bienestar, como la libertad respecto al uso del tiempo, las buenas relaciones sociales o los hábitos saludables, han experimentado un serio deterioro en España durante las últimas décadas. Así lo reflejan, entre otros, indicadores como el consumo de televisión, el porcentaje de población obesa o la dependencia de hipnosedantes; indicadores que se han incrementado desde mediados de la década de los noventa en un 22%, un 42% y un 460% respectivamente. ¹⁸ Más recientemente, tras la publicación del citado informe, y ya bajo el signo de la crisis que atraviesa España a partir de 2008, han venido apareciendo otros indicadores alarmantes (como el número de desahucios, la desigualdad entre ricos y pobres o el número de personas que viven bajo el umbral de la pobreza) cuya evolución refuerza la idea de que el bienestar humano en España se está degradando a un ritmo muy preocupante.

Debemos aceptar, a fin de cuentas, que los tiempos están cambiando, y que las viejas normas y creencias ya no pueden ser las que eran

La causa última de todo esto la encontramos, después de todo, en el actual modelo económico que tanto en España como en buena parte de los países *desarrollados* de todo el mundo se ha erguido como hegemónico; un modelo (el capitalismo) que se nutre de un estilo de vida caracterizado por el apetito desmesurado por artefactos superfluos y por una manifiesta insensibilidad hacia la naturaleza. Este estilo de vida nos estimula así constantemente a acelerar el bucle de la insostenibilidad, haciéndonos creer que una vida buena solamente se puede alcanzar a través del crecimiento y el consumo. El capitalismo ha logrado así generalizar un estilo de vida urbano-industrial caracterizado cada vez más por el aislamiento social, la competencia con los demás, la alienación psíquica, el sedentarismo y la pérdida de hábitos saludables que está (amén de deteriorando el bienestar humano de una buena fracción de la humanidad) poniendo en riesgo el sentido comunitario de la vida y su interdependencia con el funcionamiento de los ecosistemas que durante tantos siglos caracterizó a la especie humana.

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ *Ibidem.*

Conviene destacar que todas estas tendencias, que tanto a escala socioeconómica como a nivel ecosistémico están ocurriendo en España, no son para nada exclusivas de este país, sino más bien al contrario. Resultan frecuentes en todos aquellos países que viven bajo el *monocultivo* social-alquitranado de la globalización neoliberal; son tendencias que se cumplen prácticamente en la totalidad de países que han adoptado como modelo civilizatorio el sistema capitalista.

Por lo tanto, y a la vista de las evidencias, cabría preguntarse si es conveniente seguir contemplando (como se contempla) a Occidente como el referente universal para el resto de sociedades. Como manifiesta Acosta, «el desarrollo, en tanto reedición de los estilos de vida de los países centrales, resulta irrepetible a nivel global»; además de contraproducente para el bienestar humano.¹⁹ De esta forma, el conocido *mito de la Modernidad*, que defiende que la única travesía para alcanzar *el desarrollo* es la rotulada por los países del Norte (una senda que todas las naciones deberían seguir sin vacilaciones), es una falsedad.²⁰

El modelo de desarrollo del sistema hegemónico occidental ha fracasado, y los principales resultados de este fracaso se visibilizan fundamentalmente en la esfera medioambiental y en la esfera social, a través, respectivamente, de una crisis ecológica cada vez más preocupante y de unas desigualdades sociales cada vez más alarmantes.²¹

Necesitamos comprender que no existe una única forma de *ser* en el mundo y que el desarrollo de cualquier sociedad no se da a través de un exclusivo itinerario preestablecido, pues somos el resultado de nuestras propias coyunturas históricas y de los procesos que de ellas confluyeron.²² Existen cosmovisiones alternativas, como veremos a continuación, que pueden iluminar a la humanidad en este sentido: en su obligada transición hacia un nuevo modelo de vida alejado del capitalismo; un modelo que sea capaz de armonizar equitativamente mejoras en la calidad de vida de sus habitantes, respetando en ello los límites ecológicos del planeta.

Construyendo alternativas al desarrollo

El modelo de desarrollo marcado por los países del Norte –como hemos visto– no es *universalizable*. Estas naciones, con sus opulentos y despilfarradores estilos de vida, hace tiempo

¹⁹ A. Acosta, «El Buen Vivir. Una oportunidad para imaginar otros mundos», *Ecuador Universitario*, 2012, [disponible en: ecuatoruniversitario.com/opinion/el-buen-vivir-una-oportunidad-para-imaginar-otros-mundos/. Acceso el 17 de febrero de 2014, pp. 3].

²⁰ W. W. Rostow, *The stages of Economic Growth: A non-communist manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

²¹ M. Aguado, D. Calvo, C. Dessal, J. Riechmann, J. A. González y C. Montes, *op. cit.*, 2012.

²² J. A. Fuentes, *La crisis del Paradigma Epistémico Hegemónico: de por qué el mundo no funciona y otros asuntos; en búsqueda de causas y explicaciones*, Proyecto fin de máster, Universidad Pablo de Olavide, Máster en Desarrollo Económico y Sostenibilidad, 2011.

que colisionaron contra los límites biofísicos de sus propios territorios; momento a partir del cual se vieron “obligadas” a utilizar los recursos naturales existentes más allá de sus fronteras para mantener esos estilos de vida que su modelo socioeconómico había generado y ensalzado.²³ Por ello, la idea de desarrollo que estas naciones han divulgado y respaldado no es viable en términos ecológicos ni admisible en términos éticos, pues se ha basado en la exportación de su excesiva huella ecológica sobre las sociedades del Sur, obstaculizando así las opciones que estas naciones tienen de alcanzar de forma soberana una vida buena.²⁴

Las naciones del Norte, tenaces defensoras de la globalización neoliberal, son (fundamentalmente a través de sus políticas internacionales y de sus todopoderosas empresas transnacionales) las principales responsables de las grandes desigualdades sociales existentes hoy en el mundo y de la crisis ecológica y el cambio global en el que nos encontramos (un cambio global cuyas consecuencias –no es casualidad– suelen cebarse con los habitantes de las naciones del Sur).

Paradójicamente, la respuesta humana a esta coyuntura global puede llegar desde el Sur. Los pueblos indígenas de América Latina, mucho más conscientes del íntimo vínculo que nos une a la naturaleza y que nos hace depender de ella y de su buen funcionamiento, han comenzado a alzarse como alternativas reales al modelo de desarrollo occidental. La cosmovisión de estos pueblos ha logrado así permear las agendas políticas de varios países latinoamericanos, facilitando con ello la posibilidad de trenzar nuevos horizontes abiertos, de confluencia y participación para toda la humanidad en el arduo camino que ésta tiene por delante.

Si aspiramos como especie a vivir bien en un mundo habitable y justo que esté en armonía con la naturaleza, urge replantearse nuestra actual concepción de *desarrollo* y de *bienestar humano*, así como nuestra relación con la naturaleza. En la construcción de este camino alternativo resultará fundamental contemplar otras formas de entender las relaciones ser humano-naturaleza y otras formas de conceptualizar el *desarrollo*; formas como las que nos proporcionan muchos pueblos de América Latina.

El caso del buen vivir andino: un nuevo horizonte de esperanza

Desde la visión de los pueblos ancestrales latinoamericanos está comenzando a trascender al entorno mundial el conocido como *paradigma comunitario de la cultura de la vida para vivir bien*.²⁵

²³ J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

²⁴ M. Aguado y J. A. González, *op. cit.*, 2011.

²⁵ F. Huanacuni, *Buen Vivir / Vivir Bien: filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas*. Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas – CAO, Lima, 2010, p. 6.

A pesar de que todos los pueblos indígenas originarios, a través de diferentes expresiones, conciben el concepto del *vivir bien*, son los casos de Bolivia y Ecuador los más conocidos y los que, recientemente, han incorporado dicho paradigma a sus Constituciones. Los términos utilizados son, respectivamente, *suma qamaña* (vivir bien) y *sumak kawsay* (buen vivir).²⁶ De esta forma, y por vez primera en el constitucionalismo mundial, los derechos de la naturaleza y el buen vivir de los pueblos ha sido contemplado; constituyéndose con ello un importante precedente de esperanza en la obligada transición *poscapitalista* que tenemos por delante.

Según argumenta Huanacuni, ambas traducciones (vivir bien y buen vivir) son, sin embargo, pobres, y se quedan cortas para expresar la esencia ancestral de estos conceptos. En términos generales, el Buen Vivir debe concebirse como una *vida en plenitud*; saber «vivir en armonía y equilibrio; en armonía con los ciclos de la Madre Tierra, del cosmos, de la vida y de la historia, y en equilibrio con toda forma de existencia en permanente respeto».²⁷ *Buen vivir* significa pues, también, convivir bien, compartir sin competir. Lo más importante no es por lo tanto el hombre ni el dinero, sino la armonía con la naturaleza y la vida; apuntándose con ello hacia una vida sencilla, equilibrada y espiritual, en comunidad y hermandad con el resto de seres vivos y alejada del sobreconsumo.²⁸

El buen vivir abre así una importante brecha con la idea clásica de desarrollo que defiende el crecimiento económico indefinido y la acumulación innecesaria de artilugios. Se abandona «la pretensión del desarrollo como un proceso lineal, de secuencias históricas que deben repetirse», poniendo en entredicho directamente el mismo concepto occidental de *desarrollo*.²⁹ Como precisa Gudynas, en lugar de insistir con *desarrollos alternativos*, el buen vivir trata de construir verdaderas *alternativas al desarrollo*; lo que «necesariamente implica superar el capitalismo».³⁰ Con ello, el *régimen de desarrollo*, tal y como se define en el artículo 275 de la Constitución del Ecuador (2008), queda conceptualizado como «el conjunto organizado, sostenible y dinámico de los sistemas económicos, políticos, socio-culturales y ambientales, que garantizan la realización del buen vivir, del *sumak kawsay*».³¹

El buen vivir reclama, por lo tanto, enfoques de pensamiento no occidentales desde raíces comunitarias no capitalistas, reconociendo las propuestas de actores sociales tradicio-

²⁶ A efectos prácticos, el presente artículo utilizará *Buen Vivir* para referirse a estos dos términos que amparan un mismo paradigma.

²⁷ F. Huanacuni, *op. cit.*, 2010, p. 32.

²⁸ *Ibidem*, y T. Roa-Avedaño, «El SumakKawsay en Ecuador y Bolivia. Vivir bien, identidad, alternativa», *Revista Ecología Política*, núm. 37, 2009, pp. 15–19.

²⁹ E. Gudynas, «Buen Vivir: germinando alternativas al desarrollo», *ALAI, América Latina en Movimiento*, núm. 462, 2011, p. 18.

³⁰ *Ibidem*, y A. Acosta, *op. cit.* 2012, p. 4.

³¹ E. Gudynas, *op. cit.*, 2011, p. 4.

nalmente invisibilizados y deslegitimados por las élites del poder.³² Significa, como nos recuerda Acosta,

«una oportunidad para construir colectivamente una nueva forma de organización de la vida misma [...] [que] nos conmina a disolver el tradicional concepto del progreso en su deriva productivista y del desarrollo en tanto dirección única, sobre todo con su visión mecanicista de crecimiento económico.»³³

El buen vivir reclama, por lo tanto, enfoques de pensamiento no occidentales desde raíces comunitarias no capitalistas, reconociendo las propuestas de actores sociales tradicionalmente invisibilizados y deslegitimados por las élites

Es decir, se trata de un nuevo orden epistemológico y de un nuevo paradigma civilizatorio mediante el cual dar respuesta a los retos ecológicos y socio-distributivos a los que el cambio global y la actual crisis de civilización nos enfrentan. Se trata, al fin y al cabo, de otra forma de vivir, de entender y asimilar el mundo que no puede asumirse desde una noción monocultural y que se encamina hacia una ética de lo suficiente para toda la humanidad en donde los estilos de vida no están dictados por el tradicional concepto de desarrollo y progreso.³⁴

Para Gudynas, son principalmente cinco los objetivos del Buen Vivir: i) buscar la calidad de vida; ii) construir un sistema económico justo, democrático y solidario; iii) fomentar la participación y el control social; iv) recuperar y conservar la Naturaleza; y v) promover un ordenamiento territorial equilibrado.³⁵

Bajo este marco conceptual, el interés real se focaliza en el bienestar humano, priorizando la calidad de vida frente al nivel de vida. La meta, como sostiene Albó, es vivir bien, no vivir cada vez mejor a costa de otros y de la naturaleza.³⁶ Es decir, se apela a la calidad de vida y a la redistribución armónica de la riqueza frente a la dominante tónica occidental de acumulación, codicia y desigualdad que elogia el crecimiento económico y el consumo como un fin en sí mismo. Y con ello se cuestiona sólidamente la tozuda perspectiva de entender el bienestar humano únicamente como un asunto de ingresos y posesiones.³⁷

³² T. Roa-Avedaño, *op. cit.*, 2009.

³³ A. Acosta, «Riesgos y amenazas para el Buen Vivir», *Ecuador Debate*, núm. 84, 2011, p. 51.

³⁴ T. Roa-Avedaño, *op. cit.*, 2009, y A. Acosta, *op. cit.* 2012.

³⁵ E. Gudynas, *op. cit.*, 2011.

³⁶ X. Albó, «Suma qamaña = el buen convivir», *Revista Obets*, núm. 4, 2009, pp. 25-40.

³⁷ E. Gudynas, *op. cit.*, 2011.

El buen vivir no prioriza únicamente los valores de uso frente a los de cambio, sino que abraza una concepción biocéntrica que concibe a la Naturaleza como un sujeto de derechos.³⁸ Así, este paradigma se aleja del enfoque antropocéntrico dominante en Occidente que concibe al ser humano como *amo y señor de la naturaleza*;³⁹ un enfoque que se empeña en contemplar a los ecosistemas únicamente desde su carácter utilitario como fuente de recursos mercantilizables y monetarizables. Es decir, bajo el prisma del buen vivir se conceptúa a la naturaleza –al igual que lo hace la economía ecológica– como la esfera que contiene y sostiene a la esfera social (y por ende a la económica) y de la cual depende, en última instancia, el bienestar de toda forma de sociedad.

Tiempos de cambio, aires de incertidumbre

Asistimos a un cambio global y una crisis cuyas dimensiones traspasan todas las fronteras imaginables, haciendo de ella no sólo una crisis económica, financiera, ecológica o social, sino una crisis cultural de civilización cuyo tumor se localiza en el corazón mismo del modelo económico predominante. Si queremos otro mundo posible, justo y sostenible, debemos asumir la responsabilidad de diseñar deliberadamente nuestro propio futuro.⁴⁰ Y para ello resultará crucial hacer cómplice y participe a toda la sociedad, pues todos los esfuerzos serán estériles si no cuentan con la complicidad de la misma; y el primer paso para despertar esa complicidad es conocer, pues sin conocimiento no puede haber reacción.⁴¹

Afortunadamente, el incremento de la conciencia y el compromiso socio-ecológico han comenzado a poner en entredicho la receta única del modelo occidental; receta cuyos cimientos empiezan a ser cuestionados más que nunca.⁴² Así, al amparo de una crítica al capitalismo que cada vez cuenta con más seguidores, el buen vivir deberá articularse con iniciativas similares que están surgiendo con fuerza tanto en sociedades asiáticas como africanas –así como con los prolíficos discursos críticos que comienzan a cobrar vigor en Occidente– para dibujar ese horizonte más allá del capitalismo que la razón humana reclama. Interculturalidad, saberes ancestrales y conocimientos modernos están llamados a entenderse en los albores del siglo XXI para dibujar un nuevo paradigma de *desarrollo*.

³⁸ Constitución del Ecuador, 2008, art. 72.

³⁹ P. Dávalos, «Reflexiones sobre el Sumak Kawsay (el Buen Vivir) y las teorías del desarrollo», Boletín ICCL, núm. 113, 2008, [disponible en: icci.nativeweb.org/boletin/113/davalos.html. Acceso el 17 de febrero de 2014].

⁴⁰ D. Meadows, J. Randers y D. Meadows, *Limits to Growth: The 30-Year Update*, Chelsea Green Publishing Company, White River Junction, Vermont, 2004.

⁴¹ C. M. Duarte, S. Alonso, G. Benito, J. Dachs, C. Montes, M. Pardo, A. F. Ríos, R. Simó y F. Valladares, *Cambio Global: impacto de la actividad humana sobre el Sistema Tierra*, (2ª Ed.), Colección Divulgación CSIC, Madrid, 2009.

⁴² M. Aguado y J. A. González, *op. cit.*, 2011.

La alternativa a la insostenibilidad que el modelo capitalista ha provocado dependerá, en gran medida, de la disposición que tengamos como sociedad global de acomodar la creciente población mundial a un bienestar humano que sea sostenible ecológicamente y equitativo socialmente; es decir, a un buen vivir dentro de los límites biofísicos de los ecosistemas.

Debemos aceptar, a fin de cuentas, que los tiempos están cambiando, y que las viejas normas y creencias ya no pueden ser las que eran. Como en una ocasión dijo Albert Einstein, «no se puede resolver un problema con el mismo modo de pensar que lo ha creado»; y por ello «en los momentos de crisis sólo la imaginación es más importante que el conocimiento». Ante un cambio global que amenaza con transformar profundamente los procesos biogeofísicos del planeta y, tras ello, la propia organización social de la especie humana, no debemos empeñarnos en frenar o detener dicho cambio sino en adaptarnos a él, gestionando sus incertidumbres y nuestros temores. Después de todo, debemos aprender a cambiar en un mundo cambiante.